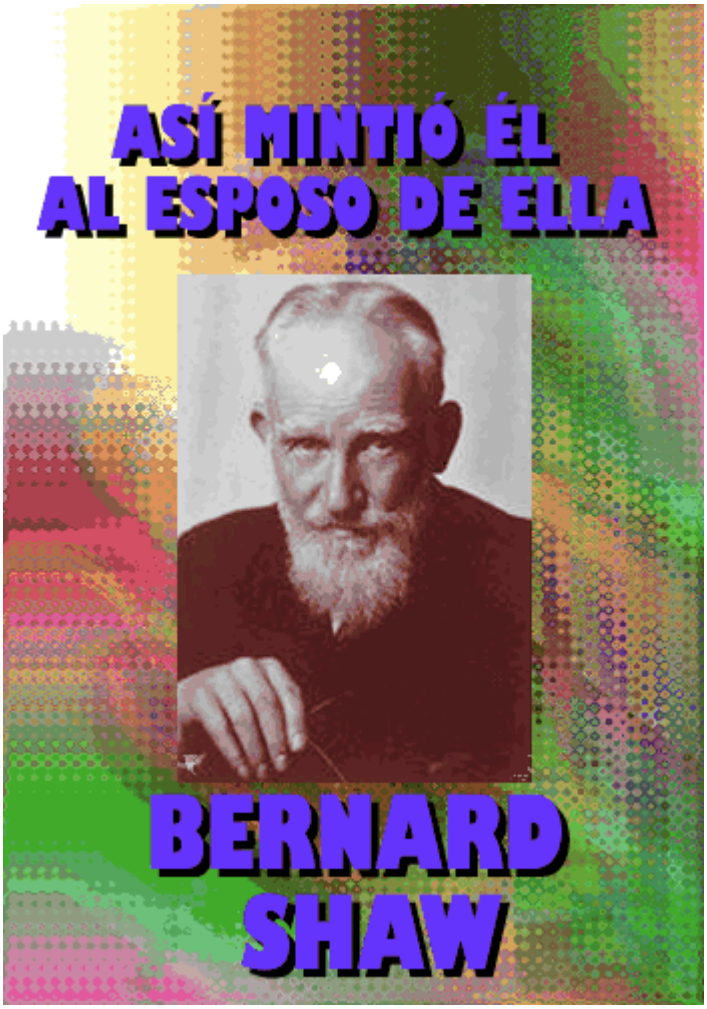
LIBRO dot.com

ASÍ MINTIÓ ÉL AL ESPOSO DE ELLA

BERNARD SHAW



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PREFACIO

Como tantas otras obras mías, este paso de comedia es une piece d'occasion. En 1905 ocurrió que el señor Arnold Daly, que por entonces representaba en Nueva York el papel de Napoleón en "El hombre del destino" (The man of destiny), consideró que aunque la obra era demasiado larga para ocupar un segundo lugar en la representación de la noche, era demasiado corta para bastar por sí misma. Por lo tanto, durante unas vacaciones en el norte de Escocia, yo aproveché cuatro días de lluvia ininterrumpida para escribir "Así mintió él al esposo de ella" (How he lied to her huband) para el señor Daly. En sus manos, cumplió su objeto eficazmente.

Publico aquí esta breve comedia como muestra de lo que puede hacerse aun con el más brillante esqueleto escénico, cuando se lo llena con rasgos naturalmente humanos en lugar de recurrir al romanticismo doctrinario. Nada en el teatro es más anticuado que la situación de marido, mujer y amante, o la farsa ruidosa. He usado de ambas para crear una pieza teatral original, cosa que cualquiera podría conseguir si sólo buscara el material a su alrededor y se dejara de plagiar a "Otelo" y las otras mil obras teatrales que le siguieron basadas en románticas suposiciones y en el falso pundonor de Otelo.

Un experimento posterior realizado por el señor Arnold Daly con esta obra merece mencionarse. En 1905 el señor Daly presentó en Nueva York "La profesión de la señora Warren" (Mrs. Warren's profession). Instantáneamente la prensa de esa ciudad alzó su voz en un grito diciendo que personas como la señora Warren eran una perfecta "inmundicia" y no debían mencionarse siquiera en presencia de gente decente. Este espantoso repudio a todo sentimiento humanitario y a toda conciencia social se posesionó de tal modo de los periodistas neoyorquinos que los pocos entre ellos que aún se mantenían moral e intelectualmente firmes nada podían hacer para reprimir la epidemia de lenguaje soez, sugerencias groseras y delirante obscenidad de palabra y pensamiento que por entonces estalló. Los escritores abandonaron todo freno creyendo que defendían la virtud en vez de injuriarla. Se infectaron unos a otros con su histeria hasta quedar indecentemente trastornados para todo propósito práctico. Finalmente obligaron a la policía a arrestar al señor Daly y a su compañía, e indujeron al

magistrado a expresar su aversión al deber así impuesto sobre el de leer una obra pecaminosa y abominable. Por supuesto, la conmoción pronto se consumió. El magistrado, naturalmente, algo impaciente al descubrir que lo que tenía que leer era una obra vigorosamente ética, parte de un libro que estuviera en circulación durante ocho años sin oposición alguna, y que fuera recibida sin protesta por toda la prensa de Londres y Nueva York, espetó a los periodistas unas cuantas verdades acerca de su discernimiento moral en cuanto a obras teatrales. Por consentir, pasó el caso a un tribunal superior que declaró que la obra no era inmoral, absolvió al señor Daly y puso fin a la tentativa de utilizar la ley para calificar de "inmundicia" a mujeres vivientes; de este modo acalló también el hecho trascendente de que no es posible rebajar a la mujer con propósitos industriales, sin rebajarla también para otras actividades. Quisiera que "La profesión de la señora Warren" fuera representada en todas partes, en temporada y fuera de temporada, hasta que la señora Warren imprimiera esta verdad en la conciencia pública, avergonzando a los periódicos que defienden los impuestos que encarecen todo producto americano, salvo la virilidad y la feminidad americanas.

Desgraciadamente, ya el señor Daly sufría la suerte común a todos aquellos que dirigen la atención pública sobre las ganancias del explotador y los placeres del sibarita. El señor Daly fue moralmente linchado a la par mía. Varios meses transcurrieron hasta que la decisión de los tribunales lo reivindicaron; y aun entonces, puesto que la reivindicación significaba la condenación de la prensa, que para entonces -avergonzada de su orgía- volvía a su sobriedad, el triunfo del señor Daly recibió una publicidad escasa, malhumorada y rencorosa. En el ínterin apenas había podido acercarse a una ciudad americana, incluyendo aquellas ciudades que lo abrumaran con sus aplausos como defensor del hogar y la patria cuando representara "Cándida', sin tener que vérselas con artículos que discurrían sobre si las madres debían permitir que sus hijas asistieran a la representación de obras como "Nunca puede saberse" (You never can tell), del infame autor de "La profesión de la señora Warren", y representada por el monstruo que la produjo. Lo que hacía esto más difícil de soportar era que, aunque no existe hecho mejor establecido en el campo teatral que el desastre financiero que significa el descrédito moral, los periodistas que hicieran todo el daño seguían rindiendo

al vicio el homenaje de suponer que es enormemente lucrativo, y que yo y el señor Daly, explotadores del vicio, debíamos por lo tanto acumular colosales fortunas gracias al abuso de que nos hicieran objeto y que nosotros mismos habíamos provocado y recibido alegremente con ese expreso objeto. Difícilmente puede ir más lejos la ignorancia de la vida real.

A consecuencias de esta actitud, el señor Daly no hubiera podido cumplir sus compromisos financieros ni mantener su atracción sobre el público de no haber aceptado compromisos para aparecer por una temporada en los teatros de variedades, donde representó "Así mintió el al esposo de ella" casi sin ser molestado por la censura teatral o por esa sofisticación del público sugestionado por crónicas periodísticas de las que yo sufro más, quizá, que cualquier otro autor. Los autores de los teatros de variedades son afortunadamente desconocidos: el público observa por sí mismo el contenido de la obra y la actuación del actor, en vez de buscar aquello que los periódicos han querido anticiparle. Bajo tales circunstancias el éxito tuvo, tanto para el señor Daly como para mí, un valor que nos consoló en parte del muy desabrido atropello que la prensa neoyorquina organizara contra nosotros y que no fue menos desagradable porque sufriéramos por una buena causa y en la mejor compañía.

El señor Daly, capeado el temporal, quizá pueda liberar su alma de este tropiezo al salir a la conquista de nuevos éxitos con autores más jóvenes. Pero mi alma tiene ciertas partes muy sensitivas: no me gusta esa palabra "inmundicia". Aplicadla a mi obra y seré capaz de permitirme una sonrisa, ya que el mundo, en resumidas cuentas, sonreirá conmigo. Pero aplicarla a la mujer de la calle, cuyo espíritu es de la misma sustancia que el nuestro y cuyo cuerpo no es menos sagrado, mirar después a la cara a vuestra mujer y vuestras hijas y no querer ahorcarse: eso no está en la lista de los pecados perdonables.

POSDATA, Desde que escribiera lo antedicho se han recibido noticias de América, según las cuales un preponderante periódico norteamericano, que estuviera entre los que más clamorosamente pidieron la supresión de "La profesión de la señora Warren", ha sido fuertemente multado por obtener buena parte de sus ganancias con los anuncios de las casas de la señora Warren.

Muchas personas se asombran al comprobar que, en tanto que el espectáculo teatral que francamente se propone obrar sobre el espectador como afrodisíaco es tolerado en todas partes, las obras que tienen un efecto casi horripilantemente contrario son ferozmente atacadas por personas y publicaciones notoriamente indiferentes a la moral pública en cualquier otra ocasión. La explicación es muy sencilla. Las ganancias de la profesión de la señora Warren son repartidas, no sólo entre la señora Warren y Sir George Crofts, sino con los propietarios de las viviendas que ocupan, los periódicos que las anuncian, los restaurantes que las sirven, y, en resumen, todos los comercios de los que son buenos clientes, para no mencionar las autoridades y representantes públicos a quienes silencian por complicidad, corrupción o chantaje. Añádase a los fabricantes que especulan menoscabando la mano de obra femenina y los accionistas cuyos dividendos dependen de ello (gente así se encuentra en todas partes, aun en los tribunales de justicia y en los puestos más prominentes de la iglesia y del estado) y se obtendrá una clase numerosa y poderosa, con un fuerte incentivo pecuniario que la induce a proteger la profesión de la señora Warren y un incentivo no menos fuerte para ocultar, de sus propias conciencias no menos que del mundo, las verdaderas fuentes de sus ganancias. Estas son las gentes que aseguran que el vicio y no la pobreza impulsa a las mujeres a las calles, como si las mujeres viciosas con recursos independientes también se dedicaran alguna vez a recorrer las calles. Estas son las que, indulgentes o indiferentes hacia las obras afrodisíacas, alzan su voz de alarma moral contra representaciones de "La profesión de la señora Warren" y arrastran a las actrices hasta las comisarías para ser insultadas, intimidadas y amenazadas por cumplir con sus compromisos. Porque obsérvese, por favor, que la decisión judicial pronunciada en el Estado de Nueva York en favor de la obra, no da por terminado el asunto. En Kansas City, por ejemplo, el municipio --viéndose imposibilitado por decisión judicial de impedir la representación- se acogió a un reglamento local contra la indecencia para ignorar la Constitución de los Estados Unidos. Emplazaron a la actriz que personificaba a la señora Warren a que se presentara a la comisaría, y ofrecieron a ella y sus colegas la alternativa de abandonar la ciudad o verse procesados por este reglamento.

Digo que es muy posible que los mismos concejales que repentinamente desplegaran

tal inquietud por la moral del teatro fueran, ya propietarios de las casas de Mrs. Warren, empleadores de mujeres -a salarios de hambre, encargados de restaurantes, propietarios de periódicos, o de algún modo más o menos directo participantes en los beneficios de la profesión de la señora Warren. Es igualmente posible que se tratara simplemente de hombres estúpidos que creyeran que el mal no consiste en comentarlo sino en mantenerlo. Yo, sin embargo, he sido miembro de un concejo municipal y nunca he visto que los concejales municipales sean tan simples e inexpertos como todo esto. De todos modos, no me propongo dar a los concejales de Kansas el beneficio de la duda y aconsejo al público en general, que será finalmente quien decida el asunto, que observe con ojo avizor a aquellos caballeros que soportan cualquier cosa en el teatro salvo la representación de "La profesión de la señora Warren" y que aseveran con idéntica liberalidad que: a) la obra es demasiado repugnante para que la gente civilizada pueda soportarla, y b) que a menos que su representación sea prohibida, toda la ciudad vendrá en tropel a verla. Pueden estar simplemente excitados y atontados; pero me propongo advertir al público que es igualmente posible que estén sosegados y sean bribones.

En todo caso, prohibir la obra es proteger el mal que la obra desenmascara; y, en consecuencia, no veo razón para suponer que los prohibicionistas sean moralistas desinteresados y que el autor, los directores y los actores que dependen para su subsistencia de sus reputaciones personales y no de rentas, anuncios o dividendos, son groseramente inferiores a ellos en sentimiento moral y responsabilidad pública.

En verdad que en "La profesión de la señora Warren" es la Sociedad, y no un individuo, el villano de la obra; pero en ninguna parte dice que los que se sientan ofendidos por ella son los campeones de la sociedad. Sus credenciales no resistirían un examen demasiado minucioso.

ASÍ MINTIÓ ÉL AL ESPOSO DE ELLA

ACTO ÚNICO

Son las ocho de la noche. Están corridas las cortinas y se han encendido las luces en la sala del departamento de Ella en Cromwell Road. Su enamorado, un hermoso joven de dieciocho años, en traje de etiqueta y capa, con un ramo de flores y un sombrero de copa en la mano, hace su entrada en el salón. La puerta está cerca de un ángulo de la habitación y, cuando él aparece en el salón, el hogar queda en la pared más cercana a su derecha y el piano de cola sobre la pared opuesta, a su izquierda. Cerca del hogar una mesita de adorno sostiene un espejo de mano, un abanico, un par de guantes largos blancos y un ligero velo de blanca lana, como para cubrir una cabellera femenina. Al. otro lado de la habitación, cerca del piano, una cómoda banqueta cuadrada delicadamente tapizada. La habitación ha sido amueblada de acuerdo con el estilo más en boga en South Kensington: es decir, se parece en lo posible a un salón de exposición, e intenta demostrar la posición social y el poder adquisitivo de sus dueños, aunque no pueda brindarles comodidad.

Él es, repitámoslo, un joven muy hermoso, que se mueve como en un sueño, que camina como en el aire. Deposita sus flores cuidadosamente en la mesita, junto al abanico; se quita la capa y, como no queda lugar sobre la mesa, la coloca sobre el piano; pone encima su sombrero; camina hacia el hogar, extrae y examina su reloj; vuelve a guardarlo; advierte los objetos sobre la mesa; sus ojos se iluminan como si viera los cielos abriéndose ante él; se acerca y toma el velo con ambas manos, enterrando en él su nariz con suave voluptuosidad y lo besa; besa los guantes uno tras otro, besa el abanico; exhala un estremecido suspiro de éxtasis; se sienta en la banqueta y oprime las manos contra los ojos para apartar la realidad y soñar un poquito; baja las

manos y menea la cabeza con una sonrisita de reproche por su desatino; distingue una mota de polvo en su calzado y rápido y cuidadoso la quita con el pañuelo; se incorpora y toma el espejo de mano de la mesa para cerciorarse con grave ansiedad del estado de su corbata y vuelve a examinar su reloj cuando entra Ella, muy turbada. Como se ha vestido para el teatro, tiene modales acariciantes, mimosos; y como usa muchos brillantes, aparenta ser una mujer joven y hermosa; pero la dura verdad es que ella, vestido y pretensiones a un lado, es una mujer ordinaria de South Kensington, que anda muy cerca de los 37, es muy inferior en distinción física y espiritual al apuesto joven que, presuroso, deposita el espejo sobre la mesa en cuanto ella llega.

ÉL *(besando su mano).* - ¡Por fin!

ELLA. - Henry: algo espantoso ha sucedido.

EL - ¿Qué?

ELLA. - He perdido tus poemas.

ÉL. -Eran indignos de ti. Te escribiré otros.

ELLA.-No, gracias Se acabaron los poemas para mí. ¡Oh, cómo pude ser tan loca, tan arrebatada, tan imprudente!

ÉL.-¡Doy gracias al cielo por tu locura, tu arrebato, tu imprudencia!

ELLA *(impaciente).*-Oh, sé sensato, Henry. ¿No ves que cosa terrible es esto para mí? ¡Suponte que alguien encontrara esos poemas! ¿Qué pensaría?

ÉL. - Pensaría que un hombre amó una vez a una mujer con tal devoción como nunca otro hombre amara a una mujer. Pero no sabrán quién es el hombre.

ELLA. -¿De qué me servirá, si todos sabrán quién es la mujer?

ÉL.-Nunca lo sabrán.

ELLA. -¡Que no lo sabrán! Pero si mi nombre, mi nombre tonto y ridículo está en todos esos versos. ¡Oh, si por lo menos me hubieran bautizado Mary Jane, Gladys Muriel, Beatrice, Francesca, Guinevere, o algo vulgar! ¡Pero Aurora! ¡Aurora! Soy la única Aurora en todo Londres; y todo el mundo lo sabe. Creo que soy la única Aurora en el

mundo entero. ¡Y es tan horriblemente fácil rimar con mi nombre! Oh, Henry, ¿por qué no trataste de frenar tus sentimientos en consideración a mí? ¿Por qué no te contuviste un poquito?

ÉL.-¿Dedicar mis poemas a ti... con reservas? ¡Y tú me pides eso!

ELLA *(con superficial ternura).* - Sí, querido, claro que fue muy amable de tu parte; y sé que es mi culpa tanto como la tuya. Yo debí comprender que tus versos nunca debieron dirigirse a una mujer casada.

ÉL. - ¡Ah, cómo desearía haberlas dedicado a una mujer soltera! ¡Cómo lo deseo!

ELLA. - Por cierto que no tienes ningún derecho a desear nada por el estilo. Esos poemas son del todo inapropiados para quien no sea una mujer casada. Ahí está la dificultad. ¿Qué pensarán de mí mis cuñadas?

ÉL *(penosamente sacudido).* -¿Tú tienes cuñadas?

ELLA.-Sí, claro que las tengo. ¿Me creías un ángel?

ÉL *(mordiéndose los labios*). -Sí, lo creía. El cielo me ayude, sí, lo creo, o lo creía, o... *(casi le ahoga un sollozo).*

ELLA *(enterneciéndose y apoyando una mano acariciadora en su hombro).* - Escúchame, querido. Es muy conmovedor de tu parte que vivas conmigo en un sueño y me ames y todos lo demás; pero eso no puede impedir que mi esposo tenga parientes desagradables, ¿no te parece?

ÉL *(animándose).*-Ah, claro que son los parientes de tu esposo: se me olvidaba. Perdóname, Aurora. *(Toma la mano que ella apoya en su hombro y la lleva a sus labios. Ella se sienta en la banqueta. Él permanece de espaldas a la mesa y desde allí le sonríe fatuamente.)*

ELLA. - Teddy no tiene otra cosa que parientes. Son ocho hermanas, seis hermanastras y un sinfín de hermanos... claro que sus hermanos no me preocupan. Si tú supieras la más pequeña cosa acerca del mundo, Henry, sabrías que en una familia grande, aunque las hermanas se peleen entre sí constantemente como demonios, basta que uno de los hermanos se case para que todas se vuelvan contra su desventurada cuñada y dediquen el resto de sus vidas, con perfecta unanimidad, a persuadirle de que su esposa es indigna de él. Hasta pueden hacerlo en su propia cara sin que ella se dé cuenta siquiera,

porque siempre existen esas mezquinas bromas familiares que nadie comprende sino ellos. La mitad de las veces no se sabe siquiera de qué están hablando: te pone salvaje. Debería haber una ley prohibiendo a la hermana de un hombre casado la entrada en su casa. Estoy tan segura de que Georgina robó esos poemas de mi costurero, como de que estoy sentada aquí.

ÉL.-Supongo que no los entenderá.

ELLA. - ¿Ah, conque no? Los entenderá demasiado bien. Adivinará más maldad de la que jamás hubo en ellos. ¡Esa vulgar gata antipática!

ÉL *(yendo hacia ella).*-Oh, no, no pienses eso de la gente. No pienses más en ella. *(La toma de la mano y se sienta en la alfombra a sus pies.)* Aurora: ¿recuerdas la noche aquella en que me senté aquí a tus pies y te leí esos poemas por primera vez?

ELLA.-No debí permitírtelo. Ahora me doy cuenta. Cuando pienso en Georgina sentada a los pies de Teddy leyéndole esos poemas por primera vez, siento que voy a volverme loca.

ÉL.-Sí, tienes razón. Sería un sacrilegio.

ELLA.-Oh, no es el sacrilegio lo que me importa: ¿qué pensará Teddy? ¿Qué hará? *(Apartando repentinamente la cabeza de él de sus rodillas.)* Parece que ni por un momento piensas en Teddy. *(Ella se pone en pie de un salto, más y más agitada.)*

ÉL *(supino en el suelo, porque ella le ha hecho perder el equilibrio).* - Para mí Teddy no significa nada y Georgina menos aun.

ELLA. - Pronto verás que tiene que importarte. Si crees que una mujer no puede hacer daño porque no es más que una chismosa, ridícula, andrajosa, te equivocas grandemente. *(Recorre la habitación con brincos de impaciencia. Él se incorpora lentamente y se quita el polvo de las manos. De pronto ella corre hacia él y se arroja en sus brazos.)* Henry: ayúdame. Ayúdame a salir de esto y te bendeciré mientras viva. ¡Oh, qué desdichada soy! *(Solloza ahogada en su pecho.)*

ÉL. -¡Y yo... qué feliz soy!

ELLA *(arrebatándose a su abrazo).*-No seas egoísta.

ÉL *(humilde).*-Sí: merezco tu reproche. Aunque si yo corriera el riesgo contigo, seguiría tan feliz a tu lado que olvidaría el peligro en que estuviéramos.

ELLA *(aplacada y palmeando sus manos tiernamente).*- Oh, eres un muchacho encantador, Henry; pero *(irritada, apartando de sí la mano de él)* no me sirves para el caso. Quiero tener a alguien que me diga lo que tengo que hacer.

ÉL *(con tranquila convicción).*-Tu corazón te lo dirá en el momento oportuno. He meditado profundamente en todo esto; y sé lo que tendremos que hacer, tarde o temprano.

ELLA. -No, Henry. Yo no haré nada que no sea correcto, que no sea honesto. *(Se desploma en la banqueta con expresión inflexible.)*

ÉL. -Si no fueras así, dejarías de ser Aurora. Nuestra conducta es perfectamente intachable, perfectamente íntegra, perfectamente pura y verdadera. Nos amamos. Yo no me avergüenzo de ello: estoy dispuesto a salir y proclamarlo por todo Londres, con la misma tranquilidad con que se lo diría a tu esposo cuando comprendas -como en seguida comprenderás- que ese es el único camino honorable que puede hollar tu pie. Salgamos juntos esta noche y vayamos a nuestra propia casa, esta misma noche, sin encubrimientos, sin vergüenza. ¡Recuerda que le debemos alguna consideración a tu marido! Aquí somos sus huéspedes: él es un hombre honorable: ha sido gentil con nosotros: tal vez te haya amado como mejor se lo permitiera su naturaleza prosaica y su sórdido ambiente comercial. Nosotros le debemos la sinceridad de no enterarse de la verdad por boca de una chismosa. Vayamos ahora a su encuentro tranquilamente, mano en mano, digámosle adiós y salgamos de esta casa sin encubrimientos ni subterfugios, libre y honradamente, con todo honor y respeto.

ELLA *(mirándole fijamente).* - ¿Y adónde iríamos?

ÉL. - No nos apartaremos ni en un ápice del curso ordinario y natural de nuestras vidas. Íbamos al teatro cuando la pérdida de los poemas nos obligó a tomar inmediatas medidas. Pues iremos al teatro; pero dejaremos aquí tus brillantes, porque no podemos permitirnos ese lujo y porque no los necesitamos.

ELLA *(mohina).* -Ya te dije que detesto los brillantes; pero Teddy insiste siempre en colgármelos por todas partes. No necesitas darme un sermón de sencillez.

ÉL.-Nunca pensé hacerlo, queridísima: sé bien que esas trivialidades no significan nada para ti. ¿Qué estaba diciendo? ... ah, sí. En vez de regresar aquí después del teatro, vendrás conmigo a mi casa -de ahora en adelante nuestra casa-, y a su debido tiempo,

cuando te hayas divorciado, nos someteremos a cualquier ociosa ceremonia legal que desees. Yo no atribuyo ninguna importancia a la ley: mi amor no fue creado por una ley, ni puede ser ceñido o destruído por ella. Eso es bastante sencillo... y dulce, ¿verdad? *(Toma las flores de encima de la mesa.)* Aquí hay unas flores para ti; yo tengo las entradas; le pediremos a tu esposo que nos ofrezca el carruaje para probar que no hay malicia ni rencor entre nosotros. ¡Ven!

ELLA *(abatida, recibiendo las flores sin mirarlas siquiera, y contemporizando).* - Teddy no ha llegado aún.

ÉL. -Pues tomemos esto con calma. Vayamos al teatro como si nada hubiera sucedido, y al regreso se lo diremos. Ahora o dentro de tres horas: hoy o mañana: ¿qué importa, con tal de que todo se haga honestamente, sin vergüenza ni temores?

ELLA. - ¿Para dónde son las entradas... Lohengrin?

ÉL. -Traté de conseguirlas; pero hoy no había más localidades para Lohengrin. (*Extrae de su bolsillo dos entradas para el Court Theatre.)*

ELLA. - ¿Qué compraste entonces?

ÉL. - ¿Necesitas preguntármelo? ¿Hay alguna otra función que nosotros podamos soportar, excepto "Cándida"?

ELLA *(poniéndose de pie en un salto).*- ¡"Cándida"! No, no volveré a verla, Henry. *(Arrojando las flores sobre el piano.)* Esa obra ha sido la causante de todo el daño. Ahora lamento haberla visto: debieran prohibirla.

ÉL *(asombrado).* - ¡Aurora!

ELLA. -Sí: lo dije y lo repito.

EL. - ¡Ese divino poema de amor! ¡El poema que nos dio el valor de hablarnos, que nos revelo lo que en verdad sentíamos el uno por el otro, que...!

ELLA. - Precisamente. Puso en mi cabeza unos pensamientos que nunca se me debieron ocurrir. Me imaginé que era Cándida...

ÉL *(asiendo sus manos y mirándola ansioso).* -Tenías razón. Tú eres Cándida.

ELLA *(arrebatándole las manos).* - ¡Oh, fruslerías! Y yo imaginé que tú eras Eugene. *(Observándole críticamente.)* Mirándolo bien, te le pareces bastante, además. *(Con enfado se deja caer en el asiento más próximo, que resulta ser el taburete del piano. Él se*

le acerca.)

ÉL *(encarecidamente).* -Aurora: si Cándida hubiera estado enamorada de Eugene, habría salido con él hacia la noche, sin titubear un momento.

ELLA *(con idéntica seriedad).* -Henry: ¿sabes tú qué le falta a esa obra?

ÉL. -No le falta nada.

ELLA. -Pues sí. Le falta una Georgina. Si Georgina hubiera estado allí para crear dificultades, esa obra habría sido una comedia verídicamente humana. Ahora te diré algo que jamás te confesé.

ÉL. - ¿Qué?

ELLA. -Llevé a Teddy a ver la obra. Pensé que le haría bien; y, si hubiera estado despierto, así hubiera sido. Georgina vino también con nosotros; y debías oírla después, hablando del asunto. Dijo que la obra era absolutamente inmoral y que ella conocía la clase de mujer que alentaba a los muchachos a sentarse en la alfombra de la chimenea para declararle su amor. Lo que quería era envenenar la mente de Teddy contra mí.

ÉL. - Seamos justos con Georgina, queridísima...

ELLA. -Primero que se lo merezca. ¡Justos con Georgina... nada menos!

ÉL. - Ella ve el mundo de ese modo. Es su castigo.

ELLA. - ¿Como puede ser su castigo si le gusta? Será mi castigo cuando ella traiga ese cuaderno de poemas y se lo muestre a Teddy. Quisiera que tuvieras algún sentido común, que comprendieras un poquito mi posición.

ÉL *(apartándose del piano y paseándose con aire de impertinencia).* - Querida mía: a decir verdad no me importan Georgina ni Teddy. Todas estas disputas pertenecen a un plano en el que soy, como bien dices, completamente inútil. He considerado su precio; y no le temo a las consecuencias. Después de todo, ¿qué podemos temer? ¿Donde está la dificultad? ¿Qué puede hacer Georgina? ¿Qué puede hacer tu marido? ¿Qué pueden hacer los demás?

ELLA. - ¿Propones acaso que vayamos derecha y violentamente a Teddy y le digamos que nos marchamos?

ÉL. -Sí. ¿Hay algo más sencillo?

ELLA. -¿Y crees por un momento siquiera que él consentiría, como ese imbécil de

marido de la obra? Teddy te mataría.

ÉL *(deteniéndose repentinamente e imprimiendo a su voz un tono de absoluta seguridad).* -Tú no comprendes estas cosas, mi adorada: ¿como podrías? En cierto sentido, no soy como el poeta de la obra. Me inspiré en el ideal griego y no descuidé la cultura del cuerpo. Tu esposo haría un tolerable peso pesado de segunda categoría ... eso entrenado y si fuera diez años más joven. Pero así como están las cosas, si un estallido de pasión lo llevara a un gran esfuerzo, apenas podría defenderse durante quince segundos. Yo, más activo, podría mantenerme fuera de su alcance durante esos quince segundos; y después me le echaría encima y no habría remedio.

ELLA *(incorporándose, se aproxima a él consternada).* - ¿Qué quieres decir con ese echarte encima y sin remedio?

ÉL *(amable).* -No preguntes, queridísima. De todos modos, te aseguro que no necesitas preocuparte por mí.

ELLA. -¿Y Teddy? ¿Quieres decir que vas a golpear a Teddy delante mío como algún bruto de boxeador?

ÉL. - Toda esa alarma es innecesaria, queridísima. Créeme, nada sucederá. Tu marido sabe que soy capaz de defenderme. Y bajo tales circunstancias, nada sucede jamás. Por supuesto, yo no tomaré la iniciativa. El hombre que alguna vez te amó es sagrado para mí.

ELLA *(suspicaz).* - ¿Ya no me ama? ¿Te ha dicho algo?

ÉL. - No, no. *(La toma tiernamente en sus brazos.)* Queridísima, queridísima: ¡qué inquieta estás! ¡Qué extraño en ti! Todas estas preocupaciones son propias de un plano inferior. Asciende conmigo a regiones superiores. ¡Ah, la altitud, la soledad, el mundo del alma... !

ELLA *(eludiendo su mirada penetrante).* - No: cállese: es inútil, señor Apjohn.

ÉL *(retrocede).* - ¡Señor Apjohn!

ELLA. - Discúlpame: quise decir Henry, por supuesto.

EL. - ¿Cómo pudo pensar en mí y llamarme señor Apjohn? Yo nunca pienso en usted como la señora Bompas: para mí siempre es Cándi... quiero decir Aurora, Aurora, Auto...

ELLA.-Sí, sí: todo eso está muy bien, señor Apjohn. *(Él está a punto de interrumpirla*

otra vez, pero ella no lo permite.) No, es inútil; repentinamente he comenzado a pensar en usted como el señor Apjohn, y me parece ridículo seguir llamándole Henry. Creí que usted no era sino un muchacho, un niño, un soñador. Creí que tendría usted demasiado temor de hacer algo. Y ahora quiere golpear a Teddy y destruir mi hogar y llevarme al oprobio y armar un horrible escándalo en los periódicos. ¡Es cruel, indigno, cobarde!

ÉL *(con grave extrañeza).* - ¿Tiene usted miedo?

ELLA. - Oh, claro que tengo miedo. Y también lo tendría usted si tuviera sentido común. *(Ella se aproxima al hogar, se vuelve de espaldas a él y golpea con un pie nervioso en los morillos.)*

ÉL *(observándola con profunda gravedad).* -El amor perfecto desecha todo temor. Yo no temo. Y usted, señora Bompas, usted no me ama.

ELLA *(volviéndose hacia él con un suspiro de alivio).* - ¡Oh, gracias, gracias! Puedes ser muy amable cuando quieres, Henry.

ÉL. -¿Por qué las gracias?

ELLA *(alejándose de la chimenea para acercarse afable a él).*-Por llamarme señora Bompas otra vez. Ahora veo que quieres ser razonable y comportarte como un caballero. *(Él se desploma en la banqueta, oculta el rostro en las manos y gime.)* ¿Qué sucede?

ÉL. -Una o dos veces en mi vida he soñado que era exquisitamente feliz y bienaventurado. Pero, oh... ! ¡El recelo al primer perturbar de la conciencia, la estocada de la realidad, los encerrados muros de la alcoba, la amarga, amarga desilusión del despertar! ¡Y esta vez... oh, esta vez creí que estaba despierto!

ELLA. -Escúcheme, Henry: ya no tenemos tiempo para todas esas fanfarronerías. *(Él se pone de pie como impulsado por un resorte poderoso y, regañando entre dientes, pasa a su lado, acercándose a la mesilla de la chimenea.)* Oh, cuidado: casi me golpea con la cabeza en la barbilla.

ÉL *(con furiosa cortesía).*-Le pido disculpas. ¿Qué pretende que haga? Estoy a su disposición. Estoy dispuesto a comportarme como un caballero, si es usted tan gentil de explicarme exactamente qué es lo que desea,

ELLA *(algo atemorizada).* -Gracias, Henry: estaba segura de que usted lo haría. ¿No está enojado conmigo, verdad que no?

Librodot

ÉL.-Siga. Siga, pronto. Déme algo en qué pensar o haré... haré... *(Repentinamente le arrebata el abanico y está a punto de quebrarlo con sus puños cerrados.)*

ELLA *(corriendo hacia él y apoderándose del abanico, con ruidoso lamento).*-No quiebre mi abanico... no, no. *(Él afloja lentamente el apretón mientras ella, inquieta, trata de arrebatarle el abanico de las manos.)* No, sinceramente, ese es un ardid estúpido. No me gusta. No tiene derecho a hacer eso. *(Abre el abanico y descubre que las varillas se han estropeado.)* Oh, ¿cómo pudo ser tan desconsiderado?

ÉL. - Le pido perdón. Ya le compraré uno nuevo.

ELLA *(querellosa).* - Nunca podrá encontrar otro igual. Y era uno de mis favoritos.

ÉL *(cortante).* - Entonces tendrá que arreglárselas sin él: eso es todo.

ELLA. - No es lo más amable que se puede decir después de quebrar mi abanico favorito, ¿no le parece?

ÉL. -Si supiera usted qué a punto estuve de quebrar a la esposa favorita de Teddy para ofrecerle luego los trozos, se sentirá feliz de hallarse aun con vida en vez de. . de. . aullar por cinco chelines de marfil. ¡Maldito abanico!

ELLA. - ¡Oh! ¿Cómo se atreve a blasfemar en mi presencia? Ni que fuera usted mi marido.

ÉL *(vuelve a desplomarse en la banqueta).*-Este es algún sueño horrible. ¿Qué ha sido de usted? Usted no es mi Aurora.

ELLA.-Oh, pues si viene ahora con ésas, ¿qué ha pasado con usted? ¿Cree que yo le habría alentado sabiendo que era usted un pícaro?

ÉL. - Oh, no me arrastre... no... no. Ayúdeme a hallar mi camino de regreso a las alturas.

ELLA *(arrodillándose a su lado y suplicando).* - Si sólo fuera usted razonable, Henry. Si sólo tratara de recordar que estoy al borde de la ruina, en vez de repetir con la mayor tranquilidad del mundo que todo es muy sencillo.

ÉL.-Así me parece.

ELLA *(saltando enloquecida).* -Si vuelve a decir eso haré algo de lo que después tendré que arrepentirme. Aquí estamos, al borde de un tremendo precipicio... Claro que es muy sencillo cruzarlo y dejarlo atrás. ¿Pero no puede sugerir algo más agradable?

ÉL. - No puedo sugerir nada ya. Frías brumas han caído sobre mí: nada puedo ver sino las ruinas de nuestro ensueño. *(Se incorpora con profundo suspiro.)*

ELLA. -¿No puede? Pues yo sí. Ya veo a Georgina estregando esos poemas en las narices de Teddy. *(Enfrentándole decidida.)* Y le advierto, Henry Apjohn, que usted me ha metido en ese lío y usted tendrá que sacarme de él.

ÉL *(cortés, pero sin esperanzas).* -Todo lo que puedo decirle es que estoy enteramente a su servicio. ¿Qué desea que haga?

ELLA. -¿Conoce a alguna otra mujer que se llame Aurora?

ÉL. - No.

ELLA. - De nada sirve decir que no de ese modo terco y frío. Debe conocer a alguna otra Aurora en alguna otra parte.

ÉL.-Usted misma dijo antes que era la única Aurora en el mundo. Y *(alzando sus puños cerrados en un repentino vuelco emocional),* ¡oh, Dios! ¡Era la única Aurora para mí! *(Se aleja de ella, ocultando el rostro.)*

ELLA *(mimándole).* - Sí, sí, querido: por supuesto. Es muy gentil de su parte; y yo lo sé apreciar, claro que sí; pero, este no es el momento oportuno. Escúcheme: supongo que se sabía usted esos poemas de memoria.

ÉL.-Sí, de memoria. *(Alzando el rostro y mirándola con repentina sospecha.)* ¿Y usted?

ELLA. - Oh, yo nunca pude memorizar un solo verso; además, he estado tan ocupada que no he tenido tiempo de leerlos todos; aunque tengo intenciones de hacerlo en cuanto disponga de un momento; se lo prometo fielmente, Henry. Pero ahora trate de recordar exactamente. ¿Aparece el apellido Bompas en alguno de los poemas?

ÉL *(indignado).* -No.

ELLA. - ¿Está usted completamente seguro?

ÉL. -Claro que estoy seguro. ¿Cómo podía usar un apellido así en un poema?

ELLA. -Bueno, no veo por qué no. Rima con "rompas", y eso me parece bastante apropiado actualmente, ¡Dios lo sabe! Pero usted es poeta y debería saber.

ÉL. - Ahora... ya no importa.

ELLA.-Importa y mucho, se lo aseguro. Si no aparece la palabra Bompas en los

poemas, podremos decir que estaban dedicados a otra Aurora y que usted me los mostró porque también yo me llamo Aurora. Tendrá que inventarse otra Aurora para la ocasión.

ÉL *(muy fríamente).*-Oh, si no desea más que una mentira...

ELLA.-Claro que usted como hombre de honor... como caballero... no diría usted la verdad, ¿verdad?

ÉL. - Perfectamente. Usted ha quebrado mi espíritu y profanado mis sueños. Mentiré, insistiré y juraré por mi honor: ¡oh, sí!, haré el papel del caballero, no tema.

ELLA. -Sí, claro, écheme todas las culpas a mí. ¡No sea perverso, Henry!

ÉL *(animándose con esfuerzo).*-Tiene mucha razón, señor Bompas: le pido disculpas. Debe usted excusar mi mal genio. Estoy sufriendo los dolores del desarrollo, por lo visto.

ELLA.- ¡Dolores de desarrollo!

ÉL.-El proceso de pasar de la juventud romántica a la madurez cínica generalmente requiere quince años. Cuando se condensa en quince minutos, el cambio es demasiado repentino y los dolores del desarrollo son su lógico resultado.

ELLA. - ¡Oh! ... ¡Este no es momento para discurrir! Arreglado, entonces; será usted bueno y amable, y sostendrá ante Teddy que existe alguna otra Aurora.

ÉL. -Sí, ya soy capaz de cualquier cosa. Yo no le hubiera dicho la verdad a medias, y ahora no mentiré a medias. Me portaré como un perfecto caballero.

ELLA. - ¡Ah, muchacho querido! Ya sabía que aceptaría. Yo... ¡Sh! ... *(Corre hacia la puerta, la mantiene entreabierta y escucha jadeante.)*

ÉL. - ¿Qué sucede?

ELLA *(lívida de temor).* -Es Teddy; le oigo golpetear el nuevo barómetro. Si estuviera preocupado no se acordaría. Quizá Georgina no le dijera nada. *(Se retira furtivamente hacia la chimenea.)* Finja que nada ha sucedido. Déme mis guantes, rápido. *(Él se los tiende. Ella se calza un guante rápidamente y empieza a abotonarlo con ostentosa despreocupación.)* Aléjese más de mí, rápido. *(Él, tenaz, se aleja de ella hasta que el piano le impide ir más lejos.)* Si yo me prendiera el guante y usted tarareara una canción, ¿no le parece que...?

ÉL. - El cuadro de nuestra culpabilidad sería perfecto. Por amor de Dios, señora Bompas, deje en paz ese guante: somos la imagen de la culpabilidad.

Entra el esposo, un fornido ciudadano cervigudo, bien ataviado, de barbilla enérgica aunque de mirada alegre y boca confiada. Tiene un aspecto grave, pero sin señal de desagrado; casi se diría lo contrario.

EL ESPOSO. - ¡Hola! Creí que estarían en el teatro.

ELLA. - Estaba preocupada por ti, Teddy. ¿Por qué no viniste a casa a cenar?

EL ESPOSO. - Recibí un recado de Georgina. Quería que fuese a verla.

ELLA. - ¡Pobre Georgina querida! En toda la semana no he podido ir a visitarla. Espero que no tenga nada.

EL ESPOSO. -Nada, salvo la natural ansiedad por mi bienestar... y el tuyo. *(Ella lanza una mirada aterrorizada a Henry.)* A propósito, Apjohn, me gustaría conversar con usted esta noche, si Aurora nos permite un momento.

ÉL *(formal).*-Estoy a su disposición.

EL ESPOSO. -No hay apuro. Después del teatro será lo mismo.

ÉL. - Habíamos decidido quedarnos.

EL ESPOSO. - ¡Verdad!. .. Pues, entonces, ¿le parece que pasemos a mis aposentos?

ELLA. -No es necesario. Yo voy a guardar mis brillantes, ya que no vamos al teatro. Alcánzame mis cosas, ¿quieres?

EL ESPOSO *(al tenderle el velo y el espejo).* -Bueno, aquí tendremos más espacio.

ÉL *(mirando a su alrededor y encogiéndose de hombros despreocupadamente).* -Yo también prefiero más espacio.

EL ESPOSO. - ¿Así que no tienes inconveniente, Rory?

ELLA. -De ningún modo. *(Sale.)*

Cuando los dos hombres están solos, Bompas, con deliberación, extrae los poemas de un bolsillo superior, los contempla meditativamente y luego mira a Henry, queriendo atraer su atención sin palabras. Henry se niega a comprender, tratando de parecer despreocupado.

EL ESPOSO. - ¿Puedo preguntarle si le resultan conocidos estos manuscritos?

ÉL. - ¿Manuscritos?

EL ESPOSO. -Sí. ¿Quiere verlos mejor? *(Los coloca justo debajo de las narices de Henry.)*

ÉL *(con repentina comprensión y grata sorpresa).* - ¡Ah, son mis poemas!

EL ESPOSO. - ¡Así tengo entendido!

ÉL. -¡Qué vergüenza! ¿Conque la señora Bompas se los ha dado a leer? ... Debe tenerme ahora por un asno completo. Los escribí hace años, después de leer los "Cantos antes del amanecer" de Swinburne. Nada me satisfizo entonces hasta que pude devanar toda una serie de versos al sol naciente. La Aurora, ¿sabe usted?; la Aurora de dedos rosados. Son todos a propósito de la Aurora. Cuando la señora Bompas me dijo que se llamaba Aurora, no pude resistir a la tentación de prestárselos para que los leyera. Pero no conté con la lectura de sus ojos indiferentes.

EL ESPOSO *(sonriente).* - Apjohn, eso es verdaderamente ingenioso de su parte. Está usted hecho para la literatura y el día llegará en que Rory y yo estemos orgullosos de contarle entre nuestras relaciones. He oído historias mucho más inverosímiles de hombres con mucha más experiencia.

ÉL *(con ademán de enorme sorpresa).* - ¿Sugiere usted que no cree lo que he dicho?

EL ESPOSO. - ¿Espera usted acaso que lo crea?

ÉL. - No veo por qué. No le comprendo.

EL ESPOSO. - ¡Vamos! No menosprecie su propio ingenio, Apjohn. Yo creo que usted me comprende, y muy bien.

ÉL. - Le aseguro que estoy perplejo. ¿No quiere ser más explícito?

EL ESPOSO. - ¡No exagere la nota, amigo! ... Sin embargo, voy a ser tan explícito como para decirle que si usted cree que estos poemas han sido dirigidos, no a una mujer viviente, sino a una hora escalofriantemente fría del día, en que usted jamás en su vida estuvo fuera de su cama, es usted muy poco justo con su propia capacidad literaria... que yo admiro y aprecio, créame, como el que más. ¡Vamos, reconozca la verdad! Usted dedicó esos poemas a mi mujer. *(Una lucha interior se entabla en Henry y le impide responder.)* Claro que sí. *(Arroja los poemas sobre la mesa y se dirige hacia el hogar, donde se planta sólidamente, riendo por lo bajo y esperando una reacción.)*

ÉL *(formal y cuidadoso).* -Señor Bompas, le doy mi palabra de que está usted equivocado. Excuso decirle que la señora Bompas es una dama de conducta intachable, que nunca ha depositado en mí un pensamiento indigno. El hecho de que ella le haya

mostrado mis poemas...

EL ESPOSO. -Eso no es verdad. Llegaron a mi poder sin que ella lo supiera. No fue ella quien me los mostró.

EL. -¿No demuestra eso su perfecta inocencia? Ella se los hubiera mostrado inmediatamente si se le hubiera ocurrido su infundada idea.

EL ESPOSO *(agitado).* - Apjohn, sea usted honesto. No abuse de sus dotes intelectuales. Sinceramente, ¿sugiere que me estoy comportando como un tonto?

ÉL *(anhelante).* - Créame que sí; usted se equivoca. Yo le aseguro, por mi honor de caballero, que nunca he experimentado por la señora Bompas el más leve sentimiento, fuera de la estimación corriente y la consideración debida a una agradable relación.

EL ESPOSO *(cortante, mostrando su mal humor por pirmera vez).* - ¡Oh, conque ésas tenemos! *(Abandona la chimenea y se acerca lentamente a Henry, mirándole de arriba abajo con creciente resentimiento.)*

ÉL *(apurándose a aseverar la impresión creada con su mendacidad).* - Nunca hubiera soñado en dedicarle esos poemas. Me parecería absurdo.

EL ESPOSO *(enrojeciendo de un modo siniestro).* - ¿Y por qué absurdo?

ÉL *(encogiéndose de hombros).* - Pues, sucede que yo no admiro a la señora Bompas... en ese sentido.

EL ESPOSO *(estallando junto al rostro de Henry).* - Permítame decirle que la señora Bompas ha merecido la admiración de hombres mucho mejores que usted, cachorro enjabonado...

ÉL *(muy turbado).*-No veo la razón para insultarme así. Yo le aseguro, por mi honor de...

EL ESPOSO *(demasiado furioso para tolerar su réplica y empujando a Henry cada vez más cerca del piano).* -¡Usted no admira a la señora Bompas! ... ¡Usted no soñaría siquiera con escribir poemas dedicados a la señora Bompas! Mi esposa no está bastante bien para que usted la admire, ¿no es así? *(Ferozmente.)* ¿Quién es usted, quiere decirme, para creerse tan francamente superior?

ÉL. -Señor Bompas, yo puedo hacer concesiones a sus celos...

EL ESPOSO. - ¡Celos! ¿Supone acaso que estoy celoso de usted? No, ni de diez como

usted. Pero si cree que he de quedarme aquí y permitirle que insulte a mi esposa en mi propia casa, se equivoca.

ÉL *(muy incómodo, con la espalda apoyada en el piano y Teddy dominándolo amenazadoramente).* - ¿Cómo puedo convencerle? Sea razonable. Le digo que mis relaciones con la señora Bompas son relaciones de perfecta frialdad... de indiferencia...

EL ESPOSO *(desdeñoso).* -Repítalo, repítalo. Y usted está orgulloso de eso, ¿no es verdad? ¡Bah!, usted no se merece ni que le arroje de aquí a puntapiés.

Repentinamente Henry ejecuta un salto rápido y adopta la actitud del boxeador que ha logrado "zafarse", cambiando así lugares con Teddy, que está ahora entre Henry y el piano.

ÉL. - Mire, yo no voy a soportar esto.

EL ESPOSO. - ¡Ah, entonces tiene algo de sangre en el cuerpo! ¡Bien hecho!

ÉL. -Esto es ridículo. Le aseguro que la señora Bompas es muy...

EL ESPOSO. -Por lo visto, la señora Bompas no significa nada para usted. Pero yo le diré quién es la señora Bompas. Es la mujer más elegante del grupo más elegante de South Kensington, y la más hermosa, y la de más talento, y la más atractiva para los hombres experimentados que reconocen lo bueno con sólo mirarlo, sea lo que sea para esos cachorros engreídos y esos poetastros envanecidos a quienes nada les parece bastante bueno. La señora Bompas es recibida por la mejor sociedad, y, puesto que usted no lo reconoce, quiere decir que usted no lo es. Tres de nuestros más sobresalientes actores-directores teatrales le han ofrecido cien esterlinas semanales por actuar en las tablas con obras de repertorio, y creo que ellos saben tan bien como usted de qué se trata. El único miembro del actual gabinete que puede llamarse un hombre bien parecido, ha descuidado los problemas nacionales por bailar con ella, aunque regularmente no pertenecemos a su círculo. Uno de los poetas profesionales más sobresalientes de Bedford Park le dedicó un soneto que vale por toda su hojarasca de aficionado. En Ascot, durante la última temporada, el primogénito de un duque se disculpó conmigo por no venir a saludarme, alegando que sus sentimientos hacia la señora Bompas no correspondían a sus deberes de huésped mío; y esto le honraba a él y a mí también. Pero (con furia creciente) ella no está bastante bien para usted, por lo visto. Usted la considera con frialdad, con

indiferencia, y tiene el valor de decírmelo a la cara. Por un alfiler le aplastaría la nariz, para enseñarle buenos modales. Presentarle a usted a una mujer bella es como ofrecerle perlas a un cerdo *(gritándole).* ¡A un cerdo!, ¿me oye?

ÉL *(con una falta deplorable de urbanidad).* -Vuelva a llamarme cerdo y le daré una en la barbilla que le dejará la cabeza zumbando más de una semana.

EL ESPOSO *(explotando).* - ¿Qué? ...

El esposo se echa sobre Henry con furia de toro. Éste se coloca en guardia con la pose de un boxeador bien entrenado y se escabulle con astucia; pero desgraciadamente olvida la banqueta que está detrás de él. Cae de espaldas por encima de ella, empujándola sin querer contra las tibias de Bompas, que cae también al suelo, encima de Henry. La señora Bompas, con un chillido, entra corriendo en la habitación e irrumpe entre los tendidos campeones. Se sienta en el suelo para pasar su brazo derecho bajo el cuello de su esposo.

ELLA. -No lo harás, Teddy, no lo harás. Te matará: es campeón de boxeo.

EL ESPOSO *(vengativo).* - ¡Ya le daré yo al campeón ese! *(Luchando en vano por librarse del abrazo.)*

ELLA. - Henry, no permita que peleen. Prométame que no pelearán.

ÉL *(tristemente).* -Tengo un tremendo chichón en la nuca. *(Trata de incorporarse.)*

ELLA *(tendiendo su brazo izquierdo para asirle del traje de etiqueta y obligándolo a sentarse, mientras con el otro brazo tiene asido a Teddy).* -No lo dejare hasta que me prometa; no los dejare hasta que me prometan no pelearse. *(Teddy intenta incoporarse, pero ella nuevamente le obliga a sentarse.)* Teddy, ¿me prometes, verdad? Sí, sí. Se bueno, prométeme.

EL ESPOSO. -Nunca, a menos que retire lo dicho.

ELLA.-Sí, el lo hará, lo hará. ¿Retira lo dicho, Henry? ... Diga que sí, se lo ruego.

ÉL *(salvajemente).* -Sí. Retiro lo dicho. *(Ella suelta el saco. Henry se incorpora, y Teddy también.)* Retiro lo dicho, todo, sin reservas.

ELLA *(desde la alfombra).* - ¿Y a mí... nadie me ayuda a levantarme? *(Entre ambos la toman por los brazos y la ayudan a incorporarse.)* Y ahora... ¿quieren darse la mano y ser buenitos?

ÉL *(temerario).* -No haré nada por el estilo. Me he saturado de mentiras por culpa suya, y la única recompensa que recibo es un porrazo en la nuca del tamaño de una manzana. Ahora volveré por el buen camino y diré toda la verdad.

ELLA. - ¡Henry, por amor de Dios! ...

ÉL. - Es inútil. Su esposo es un tonto y un bruto.

EL ESPOSO. -¿Que ha dicho?

ÉL. -Digo que es usted un tonto y un bruto, y si se me acerca le volveré a decir lo mismo. *(Teddy empieza a quitarse el saco para la lucha.)* Esos poemas fueron dedicado a su esposa; cada una de sus palabras eran para ella, para ella y nadie más. *(El enojo desaparece del semblante de Bompas. Radiante, vuelve a ponerse el saco.)* Los escribí porque la amaba. Para mí era la mujer más hermosa del mundo, y se lo dije una y otra vez. Yo la adoraba, ¿me oye? Le dije que usted no era más que un sórdido mercachifle, absolutamente indigno de ella; y eso es usted.

EL ESPOSO *(tan conmovido que apenas puede creer a sus propios oídos).* - ¡No lo dice usted en serio!

ÉL. -Sí, en serio; y hay mucho más todavía: le pedí a la señora Bompas que abandonara esta casa conmigo... que lo abandonara a usted. .. que se divorciara de usted y se casara conmigo. Le suplique y le implore que lo hiciéramos esta misma noche. Fue su negativa lo que terminó todo entre nosotros. *(Mirándole desdeñoso.)* ¡Lo que ella ve en usted, sólo Dios lo sabe!

EL ESPOSO *(rebosante de arrepentimiento).* - Mi querido amigo, ¿por que no me lo dijo antes? Le pido mil perdones. ¡Vamos, no me guarde rencor, déme la mano! Rory, haz que me de la mano.

ELLA. -Por mí, Henry. Después de todo... ¡es mi esposo! Perdónelo. Déle la mano. *(Henry, aturdido, deja que ella le tome la mano y la tienda a Teddy.)*

EL ESPOSO (estrechándola cordialmente). -Tiene que reconocer que ninguna de sus heroínas literarias puede superar a mi Rory. *(Se vuelve hacia ella y la palmea en el hombro con tierno orgullo.)* ¿Eh, Rory? No pueden resistirte. ¡Ninguno de ellos puede resistirte! Todavía no he conocido un hombre que pudiera resistirte más de tres días.

ELLA. -No seas tonto, Teddy. Espero que no se haya lastimado, Henry. *(Tantea la*

nuca de Henry. Él se estremece.) ¡Oh, pobre muchacho, qué porrazo! Voy a pedir vinagre y vendas. *(Se acerca a la campanilla y llama.)*

EL ESPOSO. - ¿Me haría usted un gran favor, Apjohn? Me cuesta pedírselo, pero sería una verdadera gentileza para con nosotros dos.

ÉL. - ¿En qué puedo servirle?

EL ESPOSO *(tomando los poemas).* - ¿Me permite publicar estas poesías? Lo haré en el mejor de los estilos. Excelente papel, lujosa encuadernación, todo de primera clase. Son hermosos sus poemas, y me gustaría mostrarlos entre algunos amigos íntimos.

ELLA *(vuelve corriendo desde la campanilla, encantada con la idea, y se sitúa entre ellos).* - ¡Oh, Henry, si no tiene usted inconveniente... acceda!

ÉL. - ¡Oh, no! No tengo ningún inconveniente. Ya estoy por encima de todo inconveniente. He crecido demasiado esta noche.

ELLA. - ¿Qué edad tiene usted, Henry?

ÉL. -Esta mañana tenía dieciocho. Ahora... ¡diablos! ... estoy repitiendo esa maldita obra... *(Extrae de su bolsillo las entradas para "Cándida" y las rompe con rencor.)*

EL ESPOSO. - ¿Cómo llamaremos el libro? "Para Aurora". .. o algo por el estilo, ¿eh?

ÉL. -Yo lo llamaría "Así mintió él al esposo de ella".

TELÓN